



## Clío en las redes sociales: la experiencia del Grupo de Historia Contemporánea de Facebook

Sergio Gálvez Biesca<sup>1</sup>; Aleix Romero Peña<sup>2</sup>; Gaizka Fernández Soldevilla<sup>3</sup>

Fechas: Recibido 6 de marzo de 2017 / Aceptado 27 de abril de 2017

**Resumen.** Facebook conforma una comunidad virtual creciente que aglutina a millones de usuarios. El Grupo Historia Contemporánea ha surgido en este espacio para dar cabida a aquello que se refiere a tal periodo histórico en su máxima amplitud. Concebido con una evidente finalidad pedagógica, el Grupo ha posibilitado el contacto entre distintos profesionales y no profesionales de la Historia y la difusión de nuevas fuentes de investigación; por otra parte, también ha sido escenario de varios debates. En el presente artículo se reflexiona sobre esta nueva realidad y sobre cuál es nuestro papel en las redes sociales en cuanto personas vinculadas al mundo académico.

**Palabras claves:** Facebook; Historia Contemporánea; capital social; redes sociales; Internet

### [en] Clío in social media: The experience of Facebook Contemporary History Group

**Abstract.** Facebook forms a growing virtual community that brings together millions of users. The Contemporary History Group has emerged in this virtual space to accommodate content relating to such historical period in its maximum extent. Conceived with a clear pedagogical purpose, the Group has set up links between different historians and non-academics interested in History and has spread new research sources; on the other hand, has also been the scene of several arguments. In this article we think about this new realm and about what is our role in social media as a group linked to the academic world.

**Keywords:** Facebook, Contemporary History, social capital, social media, Internet

**Sumario:** Introducción. 1. Orígenes y primeros pasos. 2. El capital social en el Grupo Historia Contemporánea. 3. Tiempos de incertidumbres teóricas y metodológicas. 4. Conclusiones. Riesgos y potencialidades. 5. Bibliografía.

**Cómo citar:** Gálvez Biesca, S.; Romero Peña, A.; Fernández Soldevilla, G. (2017). Clío en las redes sociales: la experiencia del Grupo de Historia Contemporánea de Facebook, en *Historia y comunicación social* 22.2, 309-323.

<sup>1</sup> Instituto Iberoamericano de La Haya por la Paz  
segalvezbiesca@gmail.com

<sup>2</sup> Investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos  
aleix.romero84@gmail.com

<sup>3</sup> Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo  
investigacion@centromemorialvt.com

## Introducción

Puede parecerlo, pero no lo es. El presente artículo no es un ejercicio de egohistoria. Aunque limita en parte con esta práctica tan querida por los colegas de la profesión, se centra en abordar una singular experiencia entre lo académico y lo extracadémico. Por esta misma razón, lo que a continuación sigue no es más que la exposición de un proyecto pionero en las redes sociales relacionado con la Historia Contemporánea. A todo esto, ¿dónde situar la frontera de lo académico en las redes sociales?

Vaya, por delante, esta breve reflexión inicial: claro está que existen decenas, por no decir, centenares, de perfiles académicos en las redes sociales. Innumerables son los ejemplos de departamentos universitarios, revistas, asociaciones, etc., que tienen su presencia en ellas. Hablamos de los perfiles institucionales. Y hasta ahí se llega, en tanto permiten, rara vez, ir más allá de la localización de determinada información, sin posibilidad, en términos generales, de intercambiar materiales o abrir canales de debate, a modo de ejemplo. Ahora bien, en el caso que nos trae aquí –a saber, el Grupo de Historia Contemporánea de Facebook, en adelante GHC<sup>4</sup>– combina todas las posibilidades expuestas sumadas a otras tantas. Promocionado y gestionado por historiadores profesionales –con muy variadas procedencias académicas y líneas de investigación diferenciadas– no obstante, se mueve en una especie de nebulosa en donde la adscripción de lo académico, lo no académico o la mera divulgación, no está definida, y así debe ser.

Con otra seña de identidad: el GHC ha evidenciado la potencialidad que las redes sociales tienen como espacio virtual de encuentro e intercambio entre historiadores profesionales, estudiantes, doctorandos, doctores, aficionados y *compañeros de viaje* de otras tantas disciplinas. Además con la participación de historiadores e investigadores procedentes de numerosos países, lo que conlleva una notoria internacionalización en todas sus esferas. Lo anterior, acerca de una materia tan vasta e inabarcable como es la Historia Contemporánea en su máxima acepción.

La amplísima suma de aportaciones, debates y multitud de materiales que se pueden localizar en el citado GHC, invitan, por tanto, a reflexionar ya no solo sobre las relaciones del historiador con el conjunto social, sino en torno a un elemento que todavía constituye una novedad entre los *nuestros*: el papel que podemos y que debemos jugar los historiadores contemporaneístas activos en las redes sociales. No son pocos los interrogantes que tenemos por delante.

Bien sabemos que estos interrogantes desbordan, y mucho, los objetivos del presente texto, pero cuanto menos pretendemos exponer una serie de presupuestos e hipótesis de partida. Porque el GHC ha dejado de ser una experiencia en sí misma novedosa para transformarse en una herramienta para el conocimiento de lo histórico, que desborda los habituales cauces académicos –aunque el mismo se encuentra sustentado en bases teóricas y metodológicas propias de nuestra profesión– y, a su vez, ejemplifica el enorme interés que sigue despertando la Historia Contemporánea. Ese interés, esa audiencia, tantas veces reclamados. Visualizados en los cientos, cuando no miles, de *post* que se acumulan cada año. Sumado a la interacción de decenas de decenas de usuarios sobre los más diversos temas. Un dinamismo rara vez observable en los soportes propios del conocimiento y de la divulgación de la academia.

<sup>4</sup> Se puede acceder a él en: <https://facebook.com/groups/218634461487894> [Consulta, 2017, febrero 19].

Este instrumento del conocimiento de lo histórico es hoy una realidad consolidada. No por los más de 9.000 usuarios que forman el GHC. No se trata aquí de una cuestión cuantitativa sino cualitativa. Si hoy el citado Grupo constituye una referencia obligada en las redes sociales –que no conocen fronteras ni otros límites tan propios del trabajo cotidiano del historiador– lo es gracias a que ha sabido –no sin dificultades, debates internos y contradicciones– tender puentes en esa nebulosa descrita líneas atrás. En realidad, esta es su razón de ser.

Los autores de este trabajo nunca nos hubiéramos imaginado –junto con los otros moderadores y gestores cotidianos del Grupo– que llegaría el momento, primero, de exponer este proyecto en una revista académica; segundo, de repensar de dónde venimos, a dónde hemos llegado y hacia dónde vamos; y, finalmente, tratar de visualizar si el GHC puede ser o no un posible modelo de trabajo para el gremio en las redes sociales.

De esto último trata el artículo. ¿Es útil o no? ¿Es útil para la academia o solamente para los historiadores no adscritos a departamentos u otras instituciones y demás interesados? ¿Cuál es nuestro papel en este medio que se nos aparece a veces hostil, a veces lejano, a veces tan lejos de nuestros contornos y seguridades cotidianas? ¿Acercarnos o no? En caso afirmativo, ¿cómo acercarnos? ¿Cuál es y puede ser nuestro papel? ¿Podemos contribuir desde la academia a través de nuestros conocimientos y *habitus*?

Preguntas y más preguntas sobre las que tan solo caben posibles acercamientos abiertos, flexibles y no dogmáticos. Se trata de observar, en parte, el estado de salud y las perspectivas de nuestra profesión en los albores del siglo XXI. Toca reflexionar. Pero, ¿cómo? ¿Refundar, o, más sencillamente, repensar nuestras herramientas teóricas y metodológicas? ¿Abrir o no abrir nuevas como reales vías de comunicación del conocimiento de lo histórico? ¿Hay una vía intermedia entre lo *nuevo* y lo *viejo*? De lo único que estamos seguros es que no se puede seguir ignorando por más tiempo esta realidad paralela a nuestro trabajo, a nuestra profesión, a nuestra vocación.

El artículo en sí mismo no es más que la puesta blanco sobre negro, en *papel*, de estos interrogantes sobre los que pivota el GHC de Facebook. El mismo está dividido en tres epígrafes. En primer lugar, se examinan sus orígenes, su presente y su futuro, junto con el modelo de gestión –entre la práctica académica y la realidad de la red social de Facebook– y los constructos teóricos y metodológicos de los que nos hemos dotado, a través de unas normas, para asegurar la pervivencia de este proyecto. En segundo término, se esboza un amplio conjunto de reflexiones, otra vez bajo la atenta mirada de lo académico, acerca de los debates más frecuentes que se producen dentro del Grupo y que nos ilustran no solo el tradicional punto de desencuentro acerca de acontecimientos claves de nuestra contemporaneidad, sino el conflicto entre memoria(s) y visiones historiográficas enfrentadas entre sí. Por último, se presenta una serie de reflexiones teóricas y metodológicas, que, de una u otra forma, conectan con los interrogantes expuestos en esta introducción.

El objetivo no es otro que contribuir, mejor dicho, intentar forzar, un debate necesario a la par que urgente que tenemos que afrontar sin mayores dilaciones. Como en otros tantos terrenos somos conscientes que los consensos historiográficos son los menos. Con enormes dosis de prudencia y modestia buscamos que, al menos, de la lectura de estas páginas surja la pregunta de ayer, hoy y mañana sobre el *¿qué hacer?*

## 1. Orígenes y primeros pasos

Bastante antes del nacimiento de Facebook existían otras redes en el universo digital, algunas de las cuales ya eran utilizadas para compartir noticias, publicar anuncios e intercambiar información y opiniones sobre temas muy diversos. Por ejemplo, la Historia Contemporánea. De hecho, pese a haber pasado a un segundo plano, aún existen. Además de los chats y los blogs<sup>5</sup>, hay dos de singular relevancia en la materia que nos ocupa. En primer lugar, las listas de distribución, cuyo funcionamiento puede resumirse así: cuando un internauta envía un correo electrónico a la lista, este, a menudo tras pasar por el filtro de un administrador, es reenviado al resto de suscriptores, quienes pueden responderle utilizando el mismo procedimiento. Evidentemente, no es raro que las discusiones se superpongan o que el sistema se sature de emails. No obstante, estas redes siguen siendo útiles para determinados grupos de trabajo o para compartir las novedades de comunidades científicas concretas, como demuestra la vitalidad de listas como la de Historia a Debate<sup>6</sup> y la Asociación de Historia Contemporánea<sup>7</sup>, por citar dos de las más conocidas<sup>8</sup>.

Por otro lado, están los foros, unas plataformas asincrónicas en las que los debates se organizan jerárquicamente por medio de subforos y, dentro de ellos, hilos temáticos, en cada uno de los cuales un usuario puede publicar por medio de un *post* (mensaje) su opinión o aportación: enlaces a otras páginas web, fotografías, videos, audios, etc. Los foreros, además, se pueden comunicar entre sí por medio de mensajes privados. Más versátiles que las listas de distribución, ya que permiten que un mayor grupo de usuarios interactúen a la vez, los foros alcanzaron gran popularidad. También fueron más problemáticos, debido a la irrupción de elementos y personajes disruptivos como el *spam* o el *troll*, lo que obligó a dotar a los foros de normas internas y de una nueva figura que velaba por su cumplimiento y por el buen funcionamiento del espacio: el moderador.

Tanto las redes de distribución como, sobre todo, los foros fueron el antecedente directo de los grupos de Facebook, habiendo heredado estos muchas de las características y dinámicas de aquellos. Pero existen notables diferencias entre unos y otros. Hay que recordar que las listas y los foros, en el peor de los casos, se asemejan a islas. Siempre hablando en términos relativos, estaban aislados y eran minoritarios, autosuficientes, cerrados, jerárquicos, difíciles de encontrar y con un funcionamiento más o menos engorroso. Por ejemplo, para participar en cuatro plataformas distintas el internauta debe suscribirse cuatro veces y adaptarse a cuatro sistemas con sus respectivas normas. Y las posibilidades que ofrecen listas y foros están limitadas. Tampoco era sencillo crear estas redes de la nada, ya que requería de unos mínimos conocimientos técnicos. Por añadidura, en lo que aquí nos interesa, el mundo académico estaba presente en las listas, pero no tanto en los foros, al menos aparentemente. Sin embargo, pese a sus déficits, estas plataformas eran lo único que había. Fueron una escuela de aprendizaje en muchos aspectos y el primer paso en el camino de aquellas personas que necesitaban encontrar un lugar en Internet en el que comunicarse con quienes compartían similares intereses.

<sup>5</sup> Entre estos últimos destaca la labor de <http://biblogtecarios.es> [Consulta, 2017, febrero 19].

<sup>6</sup> <http://h-debate.com> [Consulta, 2017, febrero 19].

<sup>7</sup> <http://lista02.ahistcon.org/mailman/listinfo/listahc> [Consulta, 2017, febrero 19].

<sup>8</sup> Por ejemplo, las alojadas en <https://www.rediris.es> [Consulta, 2017, febrero 19].

Entre 2007 y 2008 apareció Facebook en castellano, lo que permitió su expansión en España y Latinoamérica. Fue una revolución, o al menos eso nos anunciaron. De cualquier modo, cambió nuestra forma de concebir Internet. Y, lo más importante, también modificó la manera en la que vivíamos hasta entonces y cómo percibíamos nuestra intimidad, nuestras relaciones sociales y afectivas, nuestra forma de conocer gente... En un comienzo esta red social se usó, mayoritariamente, para la comunicación con los familiares y amigos. Lo habitual era el intercambio de buenas nuevas, fotografías, videos o música con personas a las que el usuario conocía en la vida real o, como mucho, con aquellas a las que alguna vez había conocido en la vida real. Se daba por sentado que aquella red social no servía para otra cosa. Por supuesto, estábamos equivocados.

Facebook no dejó de crecer tanto en número de usuarios como en posibilidades para los mismos, que se ampliaron progresivamente. Entre las sucesivas innovaciones destacó la opción de crear un grupo, que la propia página define como “un espacio pensado para intercambiar opiniones acerca de intereses comunes con determinadas personas”<sup>9</sup>. Aquello cambió nuestra forma de entender el intercambio de información y opiniones con personas a las que no conocíamos en la vida real, pero lo hizo de una manera relativa. En realidad, el GHC no es más que una especie de foro, pero menos jerárquico y, sobre todo, inserto en el propio Facebook, por lo que no funciona como una isla solitaria, sino como una construcción dentro de una ciudad más amplia. Los ciudadanos eligen si entran o no, pero es accesible a casi todos ellos.

Los grupos tienen grandes ventajas sobre las plataformas que les habían precedido. En primer lugar, cualquier usuario puede crear un grupo (o varios) y adaptarlo a sus requerimientos. No es necesario ningún conocimiento previo. En segundo término, el administrador puede invitar a todos o una parte de sus amigos virtuales a formar parte del grupo, lo que asegura un número mínimo de participantes. Tercero, ese número puede crecer posteriormente con la adhesión de otras personas que no tengan relación alguna con las anteriores, pero que ya estén inscritos en Facebook. Cuarto, son intuitivos, por lo que participar en ellos resulta bastante sencillo, si bien muchos grupos, siguiendo la estela de los foros, se rigen por normas internas y tienen moderadores, además del Administrador que es la figura directiva del Grupo. En quinto lugar, permiten el establecimiento de amistades con otros usuarios que van más allá de la participación en el grupo. Por último, el hecho de que una proporción creciente de los ciudadanos estuviesen en Facebook hizo que, inevitablemente, también lo estuviesen aquellos vinculados al universo académico. Y, por tanto, acabaron entrando en los grupos, que, en el mejor de los casos, se constituyeron en comunidades amplias en las que interactuaban como iguales—dentro de ciertos límites—profesores, investigadores, doctorandos, estudiantes universitarios y aficionados.

Pronto hubo grupos centrados en temáticas muy variadas, desde las más frívolas a las especializadas en disciplinas científicas. Era de esperar que existiese alguno relacionado con la Historia Contemporánea. Ahora bien, su búsqueda en la red social no arrojaba ningún resultado. Al menos ese fue el erial que encontró uno de los autores de este artículo, Gaizka Fernández Soldevilla, que contaba con experiencia tanto en listas de distribución como en foros, de alguno de los cuales había sido moderador, y que tenía la esperanza de encontrar en Facebook versiones enriquecidas de aquel tipo de plataformas. No había nada. Sencillamente Clío no parecía interesada en los

<sup>9</sup> <https://www.facebook.com/help> [Consulta, 2017, febrero 19].

encantos de Facebook. ¿Eran incompatibles? ¿Mundos paralelos? ¿O sencillamente es que nadie lo había intentado con anterioridad?

A pesar de las dudas iniciales, el 27 de mayo de 2011 Fernández Soldevilla creó el Grupo “Historia Contemporánea”. Se eligió ese nombre porque nadie lo había reclamado con anterioridad, lo que supuso un golpe de suerte. El GHC iba a contar con la mejor marca posible: para comprobarlo basta introducir las palabras “Historia Contemporánea” en el buscador de Facebook. La configuración fue bastante sencilla: únicamente fueron necesarias un par de decisiones: hacerlo abierto y permitir la publicación de post sin censura previa, por ejemplo. El procedimiento apenas llevó unos minutos.

La llegada del GHC solo fue anunciada en el perfil personal del Administrador, quien invitó a inscribirse a sus propios amigos, una minoría de los cuales también eran historiadores o aficionados a la Historia. Durante bastante tiempo, apenas hubo nuevas incorporaciones, aunque posteriormente sí aparecieron por allí algunos amigos de sus amigos y, más tarde, amigos de amigos de amigos. De cualquier manera, la vida del GHC era lánguida, debido a la escasa participación de los usuarios. Su crecimiento no tardó en estancarse: el experimento parecía haber fracasado. No era el primero ni sería el último, ya que ocurría con otros muchos grupos que se estaban creando continuamente. En fin, no resultaba extraño ni desolador: quizá había que asumir que Facebook no era el lugar adecuado para Clío. No obstante, antes de abandonar, el autor decidió hacer un último intento. Así, el 13 de diciembre de 2011 envió un correo electrónico a la lista de distribución de la Asociación de Historia Contemporánea:

«Buenas tardes:

Por si fuera de su interés, les informo de que en la red social facebook.com lleva unos meses funcionando un grupo de aficionados a la Historia Contemporánea en su más amplio sentido:

<http://www.facebook.com/groups/218634461487894/>

Un cordial saludo».

Aquel sencillo *email* supuso un auténtico punto de inflexión para la trayectoria de esta Comunidad, ya que atrajo la atención de muchísimos historiadores, sobre todo jóvenes, que ya estaban presentes en Facebook pero que desconocían la existencia del GHC y las posibilidades que ofrecía. Cientos de ellos solicitaron ser añadidos, para luego invitar a otros tantos más, lo que produjo el efecto de una bola de nieve que echa a rodar por la pendiente. A partir de entonces el Grupo de Historia Contemporánea no dejó de crecer de forma sostenida y regular, habiendo alcanzado ya los 9.000 foreros. Y en permanente crecimiento. Cabe imaginar que, de alguna manera, nos habíamos estado buscando en la oscuridad sin encontrarnos... hasta entonces. El GHC satisfizo una necesidad preexistente: conocer y dar a conocer noticias de prensa y novedades del mundo académico (edición de libros y revistas, celebración de congresos, *call for papers*, etc.), compartir contenidos, intercambiar datos y opiniones, establecer debates, iniciar proyectos en común y tejer nexos de unión con otros historiadores.

Algunos de los nuevos usuarios eran, además, extremadamente fecundos. La participación se disparó y, con ella, surgieron los inevitables problemas que impidieron que una sola persona pudiese moderar el grupo como había ocurrido hasta entonces.

Por ejemplo, la aparición de algunos usuarios extremadamente activos y la apertura continua de hilos sobre temas que ya se estaban tratando en otra parte, lo que dispersaba el debate. Y es que también se puede morir de éxito. Para evitarlo, el 22 de enero de 2012 Gaizka Fernández pidió ayuda a uno de los usuarios más activos, Sergio Gálvez Biesca, que aceptó ocupar el puesto de moderador. Aquella coordinación colegiada funcionó con cierto éxito durante alrededor de un año y medio, pero de modo un tanto caótica y amateur, porque no se fijaron normas internas claras, lo que añadía cierto grado de dificultad a la tarea. No estaba claro qué hacer ante algunas tesituras, cada vez más complejas. Finalmente, el crecimiento del GHC se disparó hasta tal punto que la cantidad de trabajo que requería su gestión desbordó las energías de las que disponían los administradores, así como el sistema que se había establecido. En consecuencia, después de sopesarlo, el 15 de junio de 2013 los moderadores cooptaron como colegas a cinco veteranos foreros<sup>10</sup>. El equipo era heterogéneo, pero todos ellos compartían una serie de características: eran jóvenes, historiadores, activos en las redes sociales y estaban dispuestos a sacrificar parte de su tiempo libre de manera altruista.

El GHC ha seguido creciendo, alcanzando una vertiginosa vida propia. Por ejemplo, en 2016 se publicaron 549 hilos (la mayoría eran enlaces a otras páginas o imágenes) y 1.087 comentarios. Durante ese tiempo 1.130 usuarios realizaron algún tipo de actividad, aunque los lectores fueron muchos más: el GHC se acerca a los 10.000 usuarios. Debido a la imposibilidad de seguir al detalle todo lo que se escribía o debatir qué hacer en cada potencial conflicto entre usuarios, los moderadores acordaron dotar al GHC de unas normas, inspiradas en las que regían los foros, que fueron consensuadas internamente:

«Este grupo está dedicado a la Historia Contemporánea en el más amplio sentido de la palabra: se tratan temas relacionados con la Historia, la historiografía, los historiadores, las fuentes de información y el mundo de la investigación.

-Os rogamos que evitéis traer al mismo otros asuntos ajenos a estas temáticas. Así pues, por el bien del buen funcionamiento interno, se recomienda evitar las noticias sobre la actualidad política, a no ser que tengan algún tipo de relación con el pasado.

-Cuando se vaya a postear cualquier cosa, sería conveniente comprobar si ya hay alguna entrada sobre un tema similar. De ser así, es mejor agruparla en ese hilo.

-Igualmente, hay que evitar duplicidades. Los administradores eliminarán cualquier entrada repetida.

-Es necesario respetar en todo momento las normas básicas de cortesía. No se permitirán los insultos ni las descalificaciones personales.

-No está permitido el uso del grupo con fines comerciales.

-Los administradores advertirán a cualquiera que incumpla alguna de estas normas. Si persiste en su actitud, será expulsado».

Y este último punto, precisamente, fue esencial para la supervivencia del GHC, ya que dotó a los moderadores de una herramienta para defenderlo de aquellos usuarios que impedían su buen funcionamiento por uno u otro motivo. Este tipo de sanción no está exenta de polémica y conlleva problemas para los propios administradores,

<sup>10</sup> Aleix Romero, Jon Martínez Larrea, Francisco Rojas, Laura Novelle y Rafa R. Valdés.

pero, sin el recurso a la expulsión, “Historia Contemporánea” podría haber derivado en un caos absoluto, como ha ocurrido en otros grupos similares.

De cualquier manera, se deduce de la presente experiencia que fijar normas internas y contar con un equipo de moderadores resulta clave para el éxito de los grupos de Facebook en general y de aquellos con contenido académico en particular.

## 2. El capital social en el Grupo Historia Contemporánea

Facebook funciona como un entorno abierto de aprendizaje. Se ha escrito que fomenta un nivel de instrucción “mucho más amplio que el horizonte académico [que es] meritocrático formalista y solotextual” (Piscitelli, 2010: 16). Diferentes estudios de carácter cuantitativo corroboran este potencial, señalando que la participación en grupos de Facebook proporciona a sus usuarios una satisfacción personal y una mayor confianza, así como también anima a participar en actividades de naturaleza variada (Valenzuela; Park; Kee, 2009). Podría concluirse lo mismo para el GHC de Facebook, pero el análisis resultaría incompleto si excluyera una evaluación del impacto de la popularización de los contenidos en los estándares científicos. Más concretamente, apreciamos que la recurrencia de cierto tipo de debates refleja la existencia de obstáculos en la difusión de contenidos pedagógicos.

Para analizar este problema es preciso partir del papel que desempeña Facebook en el reforzamiento de lo que se conoce como *capital social puente* (Ellison; Vitak; Gray; Lampe, 2014). Este término se refiere al conjunto de relaciones que individuos de diferentes entornos establecen a través de las redes sociales. Las características más sobresalientes que presentan este tipo de vínculos son una mirada externa, el contacto con una amplia variedad de gente, la visión de uno mismo como miembro de un grupo más grande y el establecimiento de una difusa reciprocidad en una comunidad más extensa (Cfr.: Williamson, 2006).

Semejantes rasgos explican que Facebook sea una red empleada por usuarios de toda condición, que se valen de ella atendiendo a diversas motivaciones: está el que se sirve de ella para comunicarse con sus amistades, quien la utiliza para el consumo pasivo de noticias y quien se dedica a escribir para otros (Cfr.: Burke; Kraut; Marlow, 2011).

La doble condición que posee el GHC como comunidad pública y abierta posibilita que participen en él usuarios procedentes de diferentes ámbitos, ya sean académicos o extraacadémicos. Como principal consecuencia, la interacción resulta mucho más variada, rica y plural, que la que tiene lugar en un grupo cerrado; la contrapartida radica en que también se encuentra abierta a mayores roces entre los participantes, debido a la dificultad de llegar a consensos entre las visiones contrapuestas –lo cual, según la situación, puede enriquecer o por el contrario empobrecer el conocimiento historiográfico–.

Con respecto al problema que nos ocupa, el de los reiterados debates en el GHC, apreciamos que se originan como consecuencia de un conflicto no resuelto entre la memoria –colectiva– y la historia, es decir, entre la actualización de un conjunto de experiencias pasadas y el discurso que surge del ejercicio de racionalización de dichas experiencias (Aróstegui, 2004): una polarización donde las diferentes posiciones políticas y las heterogéneas procedencias sociales y visiones culturales tienen



su influencia. En este sentido, no causa ninguna sorpresa el dato de que la polémica se refiera a aquellos asuntos que, o bien, son los más cercanos a la actualidad, o bien, poseen una mayor incidencia en la misma, como la Guerra Civil, la dictadura franquista, la Transición o los gobiernos de la democracia. Se trata, por tanto, de debates que la sociedad aún no ha cerrado.

Un ejemplo de tema controvertido lo constituye el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, desarrollado en múltiples hilos. La discusión que continúa generando el suceso se explica por las dificultades con que tropieza la historiografía para ofrecer una explicación lo suficientemente convincente del mismo (Muñoz Bolaños, 2015): por esa razón, nada tiene de extraño que a cada nueva noticia que arroje algo de luz sobre lo ocurrido se desate cierto movimiento dentro del GHC. Así ocurrió cuando se trataron las cuestionables revelaciones que la periodista Pilar Urbano (2014) vertió en su último libro sobre la asonada militar. Las intervenciones al respecto desembocaron en un debate sobre la implicación del anterior Jefe de Estado en los acontecimientos<sup>11</sup> que, como es de suponer, no pasó de ser un intercambio de sospechas, especulaciones e inhibiciones, ya que no pueden aventurarse conclusiones finales mientras no se fundamenten en pruebas sólidas.

No sucede lo mismo en todos los casos. El nacionalismo constituye una materia extensamente tratada, lo que no es óbice para que la discrepancia aflore en todas aquellas publicaciones que la tratan o tocan tangencialmente. Constituyen un posible ejemplo los comentarios vertidos con motivo de la publicación de la fotografía del recibo del pago de una multa, que había sido extendida a un padre por llamar públicamente a su hijo “Yonchu” (Jontxu) en la Vizcaya de 1938. Dichos comentarios derivaron en una querrela en torno al alcance de la represión franquista contra las lenguas minoritarias, donde la disparidad de memorias ejerció como acicate. La intervención de un usuario experto en estas cuestiones sirvió en cierta manera como punto final, aclarando que, si bien hubo un conjunto de normas que apuntaban a la persecución de estas lenguas, no hubo ninguna ley general de prohibición, por lo que la aplicación resultaba en la práctica un poco arbitraria<sup>12</sup>.

Pero la polarización que llega a surgir no siempre facilita que un historiador especializado pueda reconducir el debate. Uno de los momentos donde más se visibilizó esta situación se produjo con motivo de una entrevista al reconocido historiador Josep Fontana (2014), donde este era preguntado acerca de la inminente aparición de un libro suyo sobre la historia de Cataluña; en ella, aparte de afirmar que el territorio catalán poseía una identidad propia e independiente desde hace al menos mil años, expresaba su deseo de no publicar la obra en castellano porque “quería explicar cosas a gente que tiene la misma cultura, que se ha encontrado con los mismos problemas y con la que tenemos una visión del mundo compartida”<sup>13</sup>. Fontana se refería explícitamente a la existencia de una memoria catalana diferenciada, punto que algunos miembros del GHC de Facebook criticaron hasta el extremo de cuestionar su autoridad como historiador<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> <https://facebook.com/groups/218634461487894/permalink/756872870997381/> [Consulta, 2017, febrero 19].

<sup>12</sup> <https://facebook.com/photo.php?fbid=717758321590720&set=gm.723224724362196&type=3&theater> [Consulta, 2017, febrero 19].

<sup>13</sup> El Periódico, 22-10-14.

<sup>14</sup> <https://facebook.com/groups/218634461487894/permalink/872257322792268> [Consulta, 2017, febrero 19].

Como vamos viendo, no resulta fácil abordar este choque memoria-historia cuando partimos de una realidad en la que incluso los historiadores se encuentran enfrentados a causa de nuestro pasado más reciente (Rodrigo, 2012). No obstante, la experiencia vivida en el GHC aporta algunas enseñanzas que pueden ser de utilidad a la hora de transmitir conocimientos. En primer lugar, observamos que *el capital social constituye el motor que garantiza el afianzamiento del grupo*, por cuanto este constituye un espacio donde se producen importantes intercambios comunicativos, generando un ambiente de confianza propicio para el intercambio plural de pareceres y argumentos (Ellison; Vitak; Gray; Lampe, 2014: 868).

Por otra parte, es notorio que en esta red social *las jerarquías académicas, aunque están reconocidas, no pueden hacer valer su rango como argumento de autoridad*, a diferencia de lo que ocurre en otros espacios, pues, como es bien sabido, las tecnologías de Web 2.0 tienden a revisar y cuestionar el papel de las jerarquías, así como cambiar las divisiones sociales (Beer; Burrows, 2007). Tal aspecto puede presentar algunas facetas negativas para el GHC en lo que atañe a la aceptación de logros científicos, pero también es necesario reseñar que favorece una comunicación mucho más directa, posibilitando de alguna manera la construcción de un conocimiento más colaborativo y democrático.

Por último, *el grupo, reflejando las tensiones existentes en la sociedad, escenifica las diferencias entre historia y memoria o memorias*. Si bien dicha circunstancia impone dificultades a la divulgación de contenidos, al mismo tiempo dota al GHC de la capacidad de conformar un interesante campo de pruebas para comprobar la recepción y, en su caso, el grado de resistencia a los consensos científicos elaborados por la academia.

### 3. Tiempos de incertidumbres teóricas y metodológicas

Parece que fue ayer cuando leíamos, entre la duda y la perplejidad, los voluminosos tomos de la obra de Manuel Castells (1997-1998) sobre *La era de la Información*. Ya llegará, decíamos. O nos introducíamos en debates metodológicos sobre las posibilidades y los límites de la Historia del Tiempo Presente y/o la Historia del Presente Vivido en palabras de Julio Aróstegui (2004). Aquello era lo más. Lo novedoso.

Los historiadores, en especial los contemporaneístas, hemos realizado una rápida como forzada transición de lo analógico a lo digital. Entre multitud de interrogantes. Cambios leídos en público como positivos pero vividos internamente como verdaderos dramas en numerosas ocasiones. Primero, aparecieron las TIC. Luego Internet, con infinidad de recursos documentales que, a la par que nos han facilitado la vida investigadora, nos han obligado a un entrenamiento constante para no perdernos en la red de redes. A continuación, casi de inmediato, llegó un mundo virtual en donde las redes sociales no dejan de acaparar atenciones y tentaciones. Claro está que no han sido pocos los que han ignorado esta última tercera fase. Ignorarla, en cambio, no significa que no pueda influir en nuestro trabajo.

Estábamos acostumbrados a otros ritmos. A otros tiempos. Era un mundo repleto de seguridades y reglas comunes por más que se empeñaran autores como Beck (1998) en hablarnos de la *sociedad del riesgo* u otros como Bauman (2003) nos

insistiera en aquello de la *modernidad líquida*. Quisimos no darnos por enterados. Frente a la permanente inmediatez actual, las publicaciones, los debates, las reseñas... se encontraban tasadas en tiempos concretos: mensuales, trimestrales, anuales. Con alguna excepción para comentar aquello o lo otro en periódicos, seminarios u otras publicaciones no estrictamente académicas. Un mundo dominado por el papel. Sin obviar nuestros espacios de socialización entre el pasillo, el seminario y el aula. Y, por descontado, en la cafetería y en el despacho. Algo ahora impensable. Se puede habitar en estos mismos espacios y, al mismo tiempo, estar publicando en las redes sociales lo que se considere oportuno, mientras que, probablemente, se esté rehuendo un debate con un colega para evitar mayores consecuencias. ¡Qué tiempos aquellos en que no pocas disputas del gremio se dirimían en una nota a pie de página o en un breve apunte en el cuerpo central!

Por supuesto, que las vías del conocimiento histórico profesional continuarán produciéndose, principalmente, en los medios tradicionales. Para eso están. Pero a otro ritmo. Más acelerado. Más interconectado. Como decíamos se puede ignorar la Web 2.0 y las redes sociales pero la tranquilidad académica no está ya garantizada. Nuestro hábitat natural se ha visto alterado. Acercarse o no los terrenos desconocidos de las redes sociales es cada vez menos voluntario. Resulta casi obligatorio si se pretende tener una mínima presencia académica tanto en el mundo real como virtual. Una vez superado este tipo de barreras, llamémosles, psicológicas o propias de un aprendizaje analógico, allí nos hemos encontrado todo un paisanaje de lo más variopinto. A no pocos les causa horror y abandonan pronto. Ese no es su mundo. Otros tantos han encontrado en las redes sociales el espacio para dirimir esta o tal cuestión en unos pocos caracteres. O, más sencillamente: para darse a conocer y divulgar un trabajo académico hasta entonces enclaustrados en los formatos académicos.

Este nuevo mundo tiene su contracara. Si un elemento ha terminado por descolocar a buena parte del gremio –nos referimos únicamente a los historiadores contemporaneístas profesionales– ha sido vivir en primera persona como las murallas de los recintos académicos han sido asaltadas. Para colmo, con menos resistencias de lo esperado. Los actuales combates dentro de la ciudadela no son cuerpo a cuerpo. Ni a vida o muerte. El asunto de las batallas por la historia se ha vuelto algo más intrincado: más que ganar o perder en las redes sociales se trata de conservar la imagen corporativa. Colectiva o individual, según el caso. Hoy un *post*, un *tweet*, pueden hacer tanto o más daño que una reseña o un comentario crítico en una revista o en una monografía de un colega. Un asunto para el que no habíamos sido entrenados y al que se suma el perenne problema de la brecha digital. Por acción o por omisión (Pons, 2013: y, Fickers, 2012)<sup>15</sup>.

Mucho se ha hablado y se seguirá hablando sobre si Internet y, en concreto, las redes sociales y en nuestro caso Facebook, ha permitido democratizar el conocimiento de lo histórico. El debate es largo y no hay espacio. Sin embargo, sí sería conveniente diferenciar entre la democratización como amplitud del conocimiento y la democratización como enriquecimiento de ese mismo conocimiento. En otras palabras: ¿se ha producido una inflación o más bien una deflación del conocimiento historiográfico? O por ir un paso más allá: en casos como el GHC de Facebook, ¿se

<sup>15</sup> Un actualizado compendio bibliográfico se puede localizar en la web del proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad HAR-2015-63582-P, *Historia y Memoria Histórica on line. Retos y oportunidades para el conocimiento del pasado en Internet* [uc3m.libguides.com/hismedi] [Consulta, 2017, febrero 19].

puede llegar a producir y a difundir nuevos aportes para el conocimiento historiográfico? Preguntas y más preguntas.

Lo expuesto viene a colación de que una vez que las murallas han dejado de tener su utilidad, los historiadores profesionales nos la tenemos que ver y desear con todo tipo de *trolls*, instigadores y reventadores del buen hacer historiográfico. Sumado a una legión de licenciados, doctorandos o doctores en Historia —y allegados— que fuera de la academia, o bien, algo tienen que decir, o bien, tienen sus particulares cuitas con ciertos miembros de la academia. Hay de todo. Eso sí, aunque parezca que es un *combate* entre iguales no es así. En las redes sociales, pese a su anonimato y su carácter virtual, rápidamente quedan retratadas las jerarquías de ayer, hoy y mañana pero sin tanto boato académico. No podemos sortear una nueva pregunta: ¿no habíamos quedado que nuestro propósito final era ilustrar al resto del cuerpo social sobre el conocimiento de lo histórico? Interrogante que nos conduce a otro: ¿dónde quedaron aquellos nobles propósitos de una historia social *de los de abajo* y con *los de abajo*? Más cerca no se puede estar, y, empero, todavía persiste la creencia —real o mítica, a gusto del lector— de que los historiadores suficiente tenemos con la docencia, la investigación y las tareas administrativas para meternos en más líos de los necesarios.

Hace unos años concluyó la transición de lo analógico a lo digital. Es verdad que sobreviven algunos reductos, colectivos o individuales, al margen. Miedo e inseguridades aparte, lo cierto, es que hemos realizado dicha transición un tanto a ciegas. Escasos de ropaje teórico y metodológico para más señas. Hemos estado más preocupados por cuestiones técnicas o concretas, que en lo referente a repensar el *oficio* en el mundo globalizado de la red de redes. Probablemente, hemos estado lentos a la hora de dotarnos de unas herramientas metodológicas propias. Algo se ha avanzado. No obstante, queda un largo camino por delante (Ferrés; Masanet, 2015).

Todo lo anterior, con un mayor o un menor nivel de precisión, se puede visualizar en el GHC de Facebook. Tan solo una minoría de colegas profesionales participan en el mismo, a pesar de ser un grupo consolidado en las redes sociales. No es menor lo dicho. ¿Cómo observar discusiones tan propias de las redes sociales desde nuestro aprendizaje? ¿Es conveniente entrar o no? ¿Qué decir? ¿Pinchar un *me gusta*, un *me enoja*, un *me asombra*? ¿Cómo expresar nuestra opinión, sí esa, que tardamos hartos de tiempo en redactar entre borradores y consultas previas a nuestros colegas, en cuestión de horas, minutos? Podemos avanzar una primera reflexión: o bien, actuamos como verdaderos militantes de nuestras creencias historiográficas, o bien, somos propensos a no entrar en el meollo de la situación. La situación intermedia se antoja hartos complicada: dirimir cuestiones de hondo alcance con escasos centenares de caracteres y con la calamitosa impresión de que en los *post* no se pueden incluir matizaciones ni menos notas a pie de página. Todo un dilema.

De la observación de lo que sucede, día tras día desde hace más de un lustro en el citado GHC de Facebook, se puede destacar una segunda reflexión: no hay noticia, evento o cuestión relacionada con la historia contemporánea, en su más amplio sentido, que, al menos, no tenga su *post* correspondiente. ¿Cómo afrontar este inmenso flujo de información cotidiana? En la práctica resulta imposible de controlar, ya no en su conjunto, ni siquiera en parcelas más o menos cerradas. Con otras tantas constataciones a modo de tercera reflexión: primero, las nuevas vías de publicación de trabajos históricos académicos en formatos no académicos (por ejemplo, a través de *blogs* o publicaciones electrónicas sin ISBN ni ISSN); segundo, con mayor

frecuencia de lo que se pueda imaginar se publican aportes de hondo calado o se producen debates historiográficos con tanta o mayor calidad que los que acontecen en las publicaciones académicas; y, tercero, se ha convertido en un canal excepcional en donde no hay novedad documental –desde un archivo, un fondo, una serie hasta un documento simple– que, al menos, no tenga su correspondiente *post*. Con una amarga sensación *ad hoc*: la pérdida continúa de cómo no pocas de esas mismas aportaciones rara, muy rara vez, tienen su traslación al ámbito académico.

Lo que queda evidenciado es que la historiografía profesional debe armarse de nuevas herramientas teóricas y metodológicas para afrontar este tipo de debates: sin cuerpo crítico, sin largas divagaciones ni menos notas a pie de página. Toca, pues, defender el trabajo historiográfico riguroso, bien realizado teóricamente y metodológicamente y sobre todo cuidado, con otro lenguaje y estrategias divulgativas. No se puede continuar entrando y saliendo de la ciudadela sin un buen entrenamiento ni menos una estrategia diseñada de antemano. En juego está el propio *oficio del historiador*.

*¿Qué hacer?* He aquí tres posibles medidas provisionales para iniciar este largo recorrido que tenemos por delante. Primero, estimar que los que han asaltado las murallas pueden aportar cuestiones, en más de una ocasión, a tener presentes. Segundo, como signo de asunción de estos nuevos tiempos, deberíamos comenzar a quitarnos complejos de encima y asumir que nos va a tocar lidiar con las redes sociales. Tercero, a modo de proceso normalizador de esta nueva realidad marcada por la inmediatez, deberíamos considerar la posibilidad de citar *post* o *tweet* como sucede en buena parte de las ciencias sociales, a través, por ejemplo, de las Normas APA (2017).

#### 4. Conclusiones. Riesgos y potencialidades

La trayectoria, todavía breve, del GHC de Facebook ofrece algunas pistas sobre cómo se desenvuelve el estudio y la divulgación de la historia en esta era, llamada “de la Abundancia” por la cantidad de portales y plataformas sociales que comparten recursos (Fickers, 2012). El acelerado y/o rápido desarrollo de las tecnologías digitales está obligando al gremio de los historiadores a servirse de las redes sociales, tanto en su papel de vía de acceso a nuevas fuentes y testimonios, como canal para comunicarse con colegas y con aficionados deseosos de aprender. Paradójicamente, y de acuerdo con lo que hemos ido viendo en el apartado metodológico, en el mundo académico apenas se está hablando de este impacto digital y de las posibilidades que ofrece (Zaagsma, 2013: 5).

Tal vez se pueda aventurar que tal silencio responde a un temor apenas confesado: que la participación desdibuje la autoridad académica. De acuerdo con lo hasta ahora visto, se trata de uno de los riesgos que es forzoso afrontar a la hora de adaptarse a cambios y novedades. Aunque tal vez convenga tomarlo desde una perspectiva que relativice el drama: a partir del momento en que sale del espacio de cuatro paredes que componen el aula, o todos esos sitios donde desarrollamos nuestro quehacer cotidiano, el profesor, el historiador, el académico, en definitiva, pierde parte de esas atribuciones –reales o simbólicas, asignadas directa o indirectamente– con las que se ve investido al entrar en ellos.

La participación en las redes sociales implica forzosamente repensar el estatus académico. Como nos corrobora la experiencia en las mismas, en vez de por el nom-

bre, el reconocimiento se consigue por la capacidad pedagógica y divulgativa demostrada, lo que implica acercarse a esta realidad con todas las cautelas posibles, pues en cuanto representante de una disciplina científica el usuario historiador pone en juego no solo su buen hacer, sino también el del gremio en su conjunto. Pero no queda otro remedio que someterse a esta prueba. De acuerdo con las valiosas lecciones que nos proporciona la historia de la educación, las innovaciones didácticas solo consiguen imponerse cuando los docentes las hacen suyas, incorporándolas a su cultura profesional (Del Pozo Andrés, 2008-2009).

Forzados, pues, a esta convivencia con las redes sociales, la cuestión no puede quedarse como una mera declaración de intenciones. Por esa razón, llegados a este punto, ya solo queda invitar a los lectores de este texto, amigos o enemigos de estas nuevas formas de comunicación, a ingresar y participar en el GHC de Facebook. Con su contribución construiremos un Grupo más grande y podremos superar todas las barreras, todos los obstáculos y todas las distancias.

## Bibliografía

- Aróstegui, J. (2004). “Retos de la memoria y trabajos de la historia”. En: *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 3, pp. 15-36 [<http://publicaciones.ua.es/filespublica/pdf/15793311RD3889446.pdf>] [Consulta, 2017, febrero 19].
- La historia vivida: sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1998.
- Beer, D.; Burrows, R. (2007). “Sociology and, of and in Web 2.0. Some initial considerations”. En: *Sociological Research Online*, vol. XII, nº 5 [<http://www.socresonline.org.uk/12/5/17.html>] [Consulta, 2017, febrero 19].
- Burke, M.; Kraut, R.; Marlow, C. (2011). “Social Capital on Facebook: Differentiating Uses and Users”. En: *Proceedings of the SIGCHI Conference on Human Factors in Computing Systems*. Vancouver: ACM, p. 571-580.
- Castells, M. (1997-1998). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza, III vols.
- Del Pozo Andrés, M<sup>a</sup> (2008-2009). “El proceso de Bolonia en las aulas universitarias: una perspectiva europea”. En: *Cuestiones Pedagógicas*, nº 19, p. 55-73.
- Ellison, N.; Vitak, J.; Gray, R.; Lampe, C. (2014). “Cultivating Social Resources on Social Network Sites: Facebook Relationship Maintenance Behaviors and their in Social Capital Processes”. En: *Journal of Computer-Mediated Communication*, nº 19, p. 855-870 [<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1083-6101.2007.00367.x/full>] [Consulta, 2017, febrero 19].
- Ferrés, J.; Masanet, M-J. (eds.) (2015). *La educación mediática en la unidad española*. Barcelona: Gedisa, 2015.
- Fickers, A. (2012). “Towards a New Digital Historicism? Doing History In The Age Of Abundance”. En: *Journal of European Television History and Culture*, vol. I, nº 1, p. 19-26.
- Fontana, J. (2014). *La formació d'una identitat: una història de Catalunya*. Barcelona: Eumo.
- Muñoz Bolaños, R. (2015). “Un análisis incompleto de un acontecimiento excepcional: la literatura sobre el golpe de Estado del 23-F (1981-2014)”. En: *Historiografías*, nº 9, p. 81-109.

- Normas APA (2017) (6ªed.) [normasapa.net] [Consulta, 2017, febrero 19].
- Piscitelli, A. (2010). “Edupunk, maestros ignorantes, educación invisible y el *Proyecto Facebook*”. En: Piscitelli, A.; Adaime, I.; Binder, I. (eds.). *El Proyecto Facebook y la posuniversidad. Sistemas operativos sociales y modos de aprendizaje*. Madrid: Ariel, p. 3-20.
- Pons, A. (2013). *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*. Madrid: Siglo XXI.
- Rodrigo, J. (2012). “El relato y la memoria. Pasados traumáticos, debates públicos y viceversa”. En: *Ayer*, nº 87, p. 239-249.
- Urbano, P. (2014). *La gran desmemoria: lo que Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar*. Barcelona: Planeta.
- Valenzuela, S.; Park, N.; Kee, K. F. (2009). “Is There Social Capital in a Social Network Site?: Facebook Use and College Students’ Life Satisfaction, Trust and Participation”. En: *Journal of Computer-Mediated Communication*, nº 14, p. 875-901.
- Williamson, D. (2006). “On and Off the ‘Net: Scales for Social Capital in an Online Era”. En: *Journal of Computer-Mediated Communication*, nº 11, p. 593-638. [<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1083-6101.2006.00029.x/epdf>] [Consulta, 2017, febrero 19].
- Zaagsma, G. (2013). “On Digital History”, *BGN-Low Countries Historical Review*, vol. CXXIII, nº 4, p. 3-29.